el COLOMBIANO
24.11.2019

GENERACIÓN
TEMAS CONTEMPORÁNEOS

LITERATURA
MEMO ÁNJEL
Olga Tokarczuk, sufrimiento y fealdad / 4

LITERATURA
MEMO ÁNJEL
Peter Handke, momento y conjetura / 6

CINE
RONAL CASTAÑEDA
Conversación con Christian Bale / 10

CUENTO
MARÍA DE LOS ÁNGELES MARTÍNEZ
Isaura Macual / 12

PORTADA
BEATRIZ MESA MEJÍA
Grávido Río, de Ignacio Piedrahíta / 8

Se escucha la voz del Magdalena

En *Grávido Río*, el escritor Ignacio Piedrahíta comparte una experiencia singular, llena de poesía y hallazgos. BEATRIZ MESA MEJÍA

Un recorrido por algunas poblaciones bañadas por las aguas del Río Magdalena. Una aventura que invita a caminar ese mismo trayecto.

Grávido Río es el título de este libro. El origen de la palabra "grávido" solo se sabe hasta el final, así que se guardará el secreto para sus lectores. Un misterio que se suma a los muchos que hay en estas páginas escritas como un hecho poético por Ignacio Piedrahíta. Una historia posible por la unión maravillosa del geólogo que ve más allá de rocas y areniscas, y del escritor, que sabe expresar aquello que está escondido bajo la corteza.

El autor comparte las experiencias de un viaje hecho en solitario. Invita a mirar a través de sus ojos. El lector imagina paisajes inmensos –bellos, lastimados, insondables– y descubre en las huellas de las rocas su pasado milenario; escucha el viento que azota una cascada de agua que se convierte en lluvia o siente las pisadas sobre el piso de los bosques húmedos.

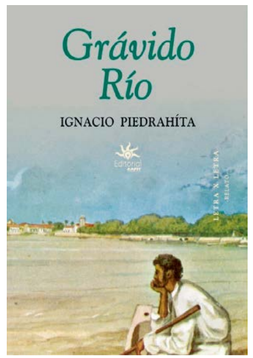
Como estudiante de Geología, Ignacio Piedrahíta comenzó a pensar en las rocas como alguien que quiere ser escritor, esto lo contó cuando presentó el libro en una conversación con la periodista Adriana Cooper, en la Librería Exlibris, de Oviedo. Allí dijo que "todas las cosas que pasan en el mundo de la naturaleza tienen un sentido". En *Grávido Río*, el Magdalena es el personaje. Si bien este libro se anuncia como un relato, también puede leerse como un ensayo. Esas aguas hablan. Las rocas bañadas por ellas también. El autor sabe escuchar y hasta los lectores llegan los ecos de sus reflexiones.

"No se puede caminar sin amor, aun cuando sea una sola porción del sendero. De lo contrario, se dirige uno al propio Hades", dice en una de sus páginas, y es como si hablara de la vida misma. Cuando salió de su casa ubicada en un bosque de un municipio cercano a Medellín, pensó que su viaje sería largo. Se dirigió primero a las ruinas de San Agustín, buscando el nacimiento del Magdalena. Él estaba dispuesto a dejarse sorprender. Con los sentidos alertas, quería encontrar las fuerzas que hay en el interior de la montaña, las fuerzas que gravitan en el lecho del río. Ignacio escribe sobre la tierra porque, como intuía Walt Whitman, toda ella tiene que ver con el hombre. Por eso en sus libros la naturaleza tiene resonancia con el ser humano: *El velo que cubre la piedra* (relato, Atarraya, 2018) y los publicados por la Editorial Eafit: *La caligrafía del basilisco* (relato, 1999), *Un mar* (novela, 2006), *Al oído de la cordillera* (relato, 2011) y, ahora, en *Grávido río* (relato, 2019).

No solo es interesante el recorrido en sí mismo, que resulta fascinante para el lector, que tal vez ha caminado por esas mismas rutas, sino que el autor, al salirse de la anécdota, logra reflexionar desde distintos puntos de vista, sin prepotencia. Desde el desierto de la Tatacoa observa las estrellas y sus pensamientos viajan hasta Copérnico; cuando piensa en el camino y en las aguas que dan vida al río, se sumerge en los pensamientos de los presocráticos que se opusieron a la idea de la creación del mundo por medio de los dioses, amparados en un ejercicio racional y de análisis, y los trae entendiendo la vigencia de su pensamiento, y aportando desde su propia perspectiva, dialogando así con el pasado y el presente. "Quizá lo que yo en el fondo buscaba al ir atrás en la historia del pensamiento era personajes como Jenófanes que, sin abandonar el cuidado de la escritura, acudían a la observación de la naturaleza", dice Ignacio en la página 72 de este volumen escrito en primera persona. Como los presocráticos que se dedicaron a describir el universo, Ignacio Piedrahíta describe lo visto y oído en su travesía y como Heráclito piensa que los ojos son testigos más exactos que los oídos.

¿Cómo hallar nuevas historias en ese trayecto? Esto fue un ejercicio de soledad profundo, el autor está solo en la naturaleza, convive con ella, se deja mojar por la lluvia, vive la atracción del abismo, siente el viento y escucha a algunas de las personas que encuentra en el camino, como Orlando, que le mostró a través de sus ojos el desierto que surgió hace miles de años cuando se secaron las aguas que bañaron sus tierras. Vio el mundo a través de otros ojos, como lo hace el lector de *Río Grávido* en este particular viaje por las cordilleras Central y Oriental. "... La sorpresa de despertar en el fondo del cañón, justo un par de metros sobre el agua, en medio de la naturaleza exuberante, desdibujaba la línea entre la vigilia y la ensoñación...", así se expresa Ignacio, en ese tono íntimo que le da a su andar: "Cuando se baja se tiene el escenario a los pies, con lo cual la medida de sí mismo no es más que fantasía. En la subida, por el contrario, uno es palpable y finito ante su imaginación (...)".

Grávido Río se acompaña con algunas fotografías del recorrido".



El viajero primero se vacía de sí mismo y luego va siguiendo huellas o haciéndolas él mismo. ¿Nos bañamos dos veces en un mismo río?, ¿por qué el Magdalena es café?, ¿por qué ese río inmenso se abre en varios brazos cerca a Magangué?, ¿qué tienen que decir los fósiles?, ¿cómo descubrir los secretos de los viejos trabajos del agua? (...). Ese río que trabaja para sí mismo está más allá de cada uno de los habitantes de la Colombia que riega, está más allá del mar que busca desde su nacimiento y más allá de cada uno de los afluentes que lo llenan, más allá de los manglares y las ciénagas.

Este libro de Ignacio Piedrahíta es un encuentro con la naturaleza, no de un país en particular, sino de la Tierra conectada por sus mismas aguas, por sus cordilleras, por sus fallas geológicas; es un detenerse en el tiempo, es reconocer en el viaje la posibilidad de descubrir, de aprender cuando se tienen alertas los sentidos.

Cada río lleva su carga, el autor lo sabe, como sabe que sus aguas están hechas de muchas aguas, que ellas lamen las montañas, que en él nada es predecible. No se trata de "cuadros de la naturaleza". No. Este libro es más. Es el viaje, la historia, la geología, los hallazgos de filósofos y científicos. Es humano, ante todo humano.

Luego de tres meses de viaje quedaron muchas experiencias y algunas notas en una libreta. A su llegada, Ignacio supo que no era el mismo. Numerosas lecturas iluminaron las impresiones recibidas: el infinito, la grieta, lo visto en la cumbre sintiendo la fuerza del cañón; la memoria de un viejo tronco, la de la luz en una noche estrellada y la del torrente de aguas frías. Y el resultado es este libro que el autor dice es "de ficción", pues no es fácil hablar de la naturaleza. Cada lector sabrá lo que es. Ignacio narra como si contara un mito, y ahí, tal vez, está la magia que se encuentra en estas páginas. Su mirada es su verdad. No hay juicio, todo es relativo. Ignacio Piedrahíta revela en *Grávido Río* la fuerza que tiene como escritor, él es capaz de fluir como ese Magdalena que tanto amó y ama

Foto EL COLOMBIANO - Esteban Vanegas